

cioso (1), *muy favorable* (2), *muy bien nacido* (3), todas las expresiones enfáticas de este género hacen su lengua dura y embarazada, y destierran esta bella simplicidad que otros pueblos pueden dar á su estilo. Las maneras del orgulloso en sociedad son *ceremoniosas*. El hombre *presuntuoso* es un orgulloso que muestra claramente en su conducta el poco caso que hace de los demás. Sus maneras son *groseras*. Este miserable defecto es completamente opuesto á un gusto delicado, por lo que es evidentemente estúpido; porque el medio de satisfacer el sentimiento del honor, no es seguramente excitar en derredor de sí el odio y la mordiente sátira, anunciando el desprecio de todo el mundo.

En amor, el alemán y el inglés tienen poco reparo, y su gusto no carece de delicadeza, pero es principalmente *bueno y verdadero*. El italiano es en esto *refinado*, el español *fantástico* y el francés *curioso*.

La religion de la parte del mundo que habitamos no viene de ningun gusto particular, sino que tiene un origen respetable. Así es, que solamente en los extravíos en que caen los hombres en materia de religion y en todo lo que verdaderamente le pertenece, es en donde podemos hallar indicios de las diversas cualidades nacionales. Yo reduzco estos extravíos á las ideas generales siguientes: *creduli-*

(1) Gnadig.

(2) Hochgeneigt.

(3) Hoch-und Wohlgeboren.

dad, supersticion, fanatismo é indiferencia (1). La *credulidad* es casi siempre la herencia de la porción ignorante de cada nación, de todos aquellos en que se nota apenas sentimiento delicado. La persuasion nace en ellos de la tradicion y del efecto exterior, sin que ningun sentimiento delicado contribuya á determinarla. Se hallan en el Norte pueblos enteros de esta especie. La credulidad, cuando se junta á un gusto raro, viene á ser la *supersticion*. Este gusto es, por lo mismo, un principio que nos lleva á creer fácilmente (2), y de dos hombres de los que el uno estuviera poseído de este espíritu, mientras que el otro tuviera un carácter más frio y más medurado, el primero, aunque fuese superior al segundo por su inteligencia, estaria, sin embargo, mucho más dispuesto por su inclinacion dominante á creer algo sobrenatural, que este último, á quien no su naturaleza vulgar y flemática, sino su penetracion, evita esta especie de extravío. El supersticioso se complace en colocar entre él y el supremo objeto de nuestra veneracion ciertos hombres po-

(1) Leichtgläubigkeit, Aberglaube, Schwarmerei, Gleichgültigkeit. Kant traduce entre paréntesis todas estas expresiones por los términos de que yo me sirvo en la traduccion.—J. B.

(2) Se ha notado, por otra parte, que los ingleses, este pueblo tan sensato, tiene, sin embargo, cierta facilidad para creer en el primer momento cosas sorprendentes y absurdas, anunciadas con seguridad. Hay de esto muchos ejemplos. Es que un espíritu atrevido, teniendo por desigualdad las diversas experiencias en que ha hallado verdaderas ciertas cosas extraordinarias, pasa por cima de las ligeras reflexiones que para muy pronto una cabeza débil y desconfiada y le garantizan en el error, sin que tenga gran cuenta de su parte.

derosos y maravillosos, gigantes de santidad, por decirlo así, á los que la naturaleza obedece, cuyas conjuraciones abren ó cierran las puertas del Tártaro, y que tocando el cielo con su cabeza, tienen, sin embargo, los piés en este bajo mundo. Es por lo que las lumbreras de la sana razon hallan en *España* grandes obstáculos, no porque ellas hayan de disipar la ignorancia, sino porque hallan un gusto singular, para el que lo natural es cosa vulgar, y que no creeria en el sentimiento de lo sublime, si el objeto no fuera raro. El *fanatismo* es, por decirlo así, una piadosa presuncion; nace de cierta soberbia y de una confianza exagerada en sí mismo, que hace que nos creamos acercarnos á la naturaleza celeste y elevarnos por un vuelo maravilloso sobre el órden ordinario y prescrito. El fanático no habla más que de inspiracion inmediata y de vida contemplativa, mientras que el supersticioso hace votos ante las imágenes de los santos, grandes artífices de milagros, y pone su confianza en ciertas ventajas imaginarias é inimitables de otras personas de su propia naturaleza. Los extravíos del sentimiento religioso, como hemos notado más arriba, son indicios del sentimiento nacional, y así es que el fanatismo (1), al ménos en el tiem-

(1) Es necesario distinguir bien el fanatismo del *entusiasmo*. El primero cree en una comunicacion inmediata y extraordinaria con una naturaleza superior; el segundo no expresa más que un estado de exaltacion del espíritu, excitado más allá del grado conveniente, por algun principio, patriotismo, amistad, religion, pero sin que se agregue ninguna idea de un comercio sobrenatural.

po anterior, se ha encontrado principalmente en Alemania y en Inglaterra, como un desenvolvimiento exagerado de los nobles sentimientos que pertenecen al carácter de estos pueblos. En general, cualquier impetuosidad que muestre al pronto, no es mucho ménos dañosa que la inclinacion á la supersticion, porque un espíritu exaltado por el fanatismo se enfria poco á poco y concluye por recaer en su moderacion ordinaria y natural, mientras que la supersticion echa insensiblemente profundas raíces en un natural apacible y pasivo, y quita al hombre encadenado toda vuelta á ideas ménos peligrosas. Por último, un hombre vano y frívolo no tiene un vivo sentimiento de lo sublime, y su religion, falta de toda emocion, no es, las más veces sino un asunto de moda, del cual se ocupa con la mayor gracia posible, pero que le deja frio. Allí está la *indiferencia*, á la cual el espíritu francés parece principalmente inclinado. De esta indiferencia á la broma no hay más que un paso, y bien examinado en el fondo, se separa muy poco de un completo desistimiento.

Si echamos una rápida ojeada sobre las demás partes del mundo, hallaremos que el *Arahe* es el más noble de los Orientales, aunque su gusto degenera en rareza. Es hospitalario, generoso y sincero, pero sus relatos, su historia y en general sus sentimientos se hallan mezclados siempre con lo maravilloso. Su exaltada imaginacion le representa las cosas bajo formas exageradas y raras, y la manera misma con que su religion se propagó fué

una maravilla. Si los árabes son en cierto modo los españoles del Oriente, los *Persas* son los franceses del Asia. Son buenos poetas, cortesés y de un gusto muy delicado. No se muestran muy rigurosos observadores del Islamismo, y su carácter inclinado á la alegría les permite una interpretacion bastante mitigada del Koran. Se podrian mirar los *Japoneses* como los ingleses de esta parte del mundo, pero no se les parecen más que por su constancia, que llevan hasta la mayor obcecacion y por su valor y su desprecio de la muerte. Por lo demás, se hallan en ellos pocas señales de un sentimiento muy delicado. Los *Indios* tienen un gusto dominante por esta especie de necesidades que tocan en lo raro. Su religion consiste en necesidades de este género. Idolos de una figura monstruosa, el inestimable diete del poderoso mono *Hanumanu*, las penitencias que contra la naturaleza imponen los faquirs (especie de monjes mendicantes), etc., son de su gusto. El sacrificio voluntario que las mujeres hacen de sí mismas sobre la misma hoguera que devora los restos de sus maridos, es una horrible extravagancia. Nada hay más tonto ni más fastidioso que los cumplimientos prolijos y estudiados de los *Chinos*. Sus pinturas mismas son raras, y representan figuras extraordinarias y fuera de la naturaleza, tales, como no se reconocen en el mundo. Tienen tambien necesidades respetables, porque son de un uso (1) muy antiguo,

(1) Se celebra todavía en Pekin una ceremonia que tiene por objeto echar con un gran ruido, durante los eclipses de sol ó de

y ningun pueblo del mundo les aventaja en esto.

Los *Negros* de Africa no han recibido de la naturaleza ningun sentimiento que se eleve por cima de lo insignificante. *Hume* desconfía que se le pueda citar un solo ejemplo de un negro que haya mostrado talento, y sostiene que entre los miles de negros que se transportan léjos de su país, y de los que un gran número han sido puestos en libertad, no se ha encontrado jamás uno solo que haya producido algo grande en el arte, ó en la ciencia, ó en alguna otra noble ocupacion, mientras que se ve á cada instante blancos elevarse desde las últimas clases del pueblo y adquirir consideracion en el mundo por talentos eminentes. Tan grande es la diferencia que separa estas dos razas de hombres, tan distintas la una de la otra por las cualidades morales como por el color. La religion de los fetiches, tan extendida entre ellos, es una especie de idolatría tan miserable y tan necia como no se creeria posible en la naturaleza humana. Una pluma de ave, un cuerno de vaca, una concha, ó toda otra cosa de este género, desde que ha sido consagrada por algunas palabras, viene á ser un objeto de veneracion y se invoca en los juramentos. Las negras son muy vanas, pero á su manera, y tan habladoras, que es necesario separarlas á bastonazos.

luna el dragon que quiere devorar estos cuerpos celestes y se conserva este ridiculo uso que data de tiempos de la ignorancia más atrasada, aunque no esté hoy mejor instruida.

Entre todos los *salvajes*, no hay pueblo que muestre un carácter tan sublime como los de *América del Norte*. Tienen un vivo sentimiento del honor, y buscando para adquirirle, difíciles aventuras á cien millas de su país, tienen el mayor cuidado de no aparecer que lo borran, cuando sus enemigos, tan crueles como ellos, buscan despues de haberlos preso, arrancarles imperceptibles suspiros con los más crueles tormentos. El salvaje del Canadá es por otra parte sincero y recto. Sus amistades son tan extraordinarias y tan entusiastas como nunca se ha referido desde los tiempos fabulosos. Es extremadamente fiero, siente todo el valor de la libertad, y no sufre aún cuando se trate de su educación, los procedimientos que le hacen sufrir una baja sujecion. Probablemente es á los salvajes de este género á los que *Licurgo* dió leyes, y si se hallára un legislador entre estas seis naciones, se veria formarse una república espantosa en el Nuevo Mundo. La empresa de los Argonautas difiere poco de las expediciones guerreras de estos pueblos, y *Jason* no tiene sobre *Attaka-Kulla-Kulla* más que la ventaja de llevar un nombre griego. Todos estos salvajes apenas tienen el sentimiento de lo bello en el sentido moral, y el perdon generoso de una ofensa, esta noble y bella virtud, es una cosa enteramente desconocida entre ellos; la miran, por el contrario, como una miserable flojedad. La bravura es el mayor mérito del salvaje, y la venganza su más dulce goce. Se halla entre los demás naturales de esta parte del mundo pocas se-

ñales de un carácter inclinado á sentimientos más delicados, y una apatía extraordinaria es el carácter distintivo de esta especie de hombres.

Si consideramos las relaciones de los sexos entre sí, en las diversas partes del mundo, hallaremos que sólo el *europeo* ha hallado el secreto de adornar el amor con tantas flores y dar á esta poderosa inclinacion tal carácter, que no solamente ha mostrado los encantos sino que á esto ha juntado la mayor decencia. Los *Orientales* tienen sobre este punto el gusto más falso. No teniendo ninguna idea sobre lo bello moral que puede juntarse con esta inclinacion, pierden por esto hasta el precio que pueda tener el placer de los sentidos, y sus harems son para ellos fuentes de intranquilidades continuas. El amor les hace cometer toda especie de necedades; la principal es el cuidado que toman de asegurar la primera posesion de esta alhaja imaginaria, que no tiene precio más que en tanto que se la destroza, y cuya existencia dá lugar en Europa á tan malas sospechas; emplean para conservarla los medios más inícuos, y muchas veces los más vergonzosos. Así las mujeres están condenadas en este país á una eterna cautividad: esclavas cuando son hijas, vienen á serlo despues de un marido muy inepto y siempre sospechoso. En el país de los *Negros*, se puede buscar otra cosa, que lo que se halla en efecto en todas partes, es decir, el sexo femenino en la más rigurosa esclavitud? Un infame es siempre un señor duro para los que son más débiles que él; así es que entre nos-

otros tal hombre es un tirano en su casa el que fuera de ella apenas se atreve á mirar á alguno, cara á cara. El padre *Labat* refiere, que un carpintero negro, á quien habia reprendido la dureza de su conducta para con su mujer, le contestó: «Vosotros, sábios, sois verdaderos locos porque comenzais por conceder mucho á vuestras mujeres, y en seguida os quejais de que os hagan rodar la cabeza.» Se podria creer que hay en esta respuesta algo que merezca reflexion, mas el gracioso era negro de la cabeza á los pies, prueba evidente de que no sabia lo que decia. Entre todos los salvajes no hay ninguno entre los que las mujeres gocen de mayor consideracion que los del *Canadá*; quizás excedan en esto á nuestro mundo civilizado. Esto no es que les hagan humildes visitas, estas son allí cumplimientos. No. Ellas realmente mandan, se reúnen y deliberan para los negocios más importantes de la nacion, sobre la paz y la guerra; envian despues sus diputados al consejo de los hombres, y ordinariamente su voz es la que decide; ellas tienen todos los negocios domésticos sobre los brazos, y participan todavía de las fatigas de sus maridos.

Si echamos, por último, una ojeada sobre la historia, veremos el gusto de los hombres, semejante á Proteo, cambiar constantemente de forma. La antigüedad griega y romana, dá señales ciertas de un verdadero sentimiento de lo bello y lo sublime, en la poesía, en la escultura, en la arquitectura, en la legislacion y aún en las costum-

bres. El gobierno de los emperadores romanos, sustituye á la noble y bella sencillez de los antiguos tiempos, la magnificencia y un fausto deslumbrador, como lo atestiguan los restos de la elocuencia y la poesía, y aún la historia de las costumbres de esta época. Insensiblemente aún este resto de un gusto delicado, se extinguia bajo las ruinas del Estado. Los bárbaros, despues de haber afirmado su poderío, introdujeron cierto gusto depravado, que se llama gótico, y que cae en toda especie de necesidades. Se ve, no solamente en arquitectura, sino también en las ciencias y en todas las cosas. Este sentimiento degenerado, una vez introducido por un falso arte, prefirió toda forma á la antigua sencillez de la naturaleza, y cayó ó en la exageracion ó en la rareza. El vuelo más alto que tomó el génio humano para elevarse á lo sublime, no tendió más que á lo extraordinario. Se ven rarezas sorprendentes en religion y en el mundo, y muchas veces una mezcla bastarda y monstruosa de estas dos especies de rarezas. Se ven monjes, un libro de misa en una mano y un estandarte guerrero en la otra, dirigiendo tropas de víctimas seducidas hácia lejanas comarcas y una tierra más santa de donde no deberian volver; guerreros consagrados santificando con notas solemnes sus violencias y sus crímenes; y más tarde una especie singular de héroes fantásticos que se llamaban caballeros, corriendo despues las aventuras, los torneos, los duelos y las acciones romancescas. Durante este tiempo, la religion así como las ciencias fueron puros semille-

ros de miserables necesidades, porque se nota que el gusto no degenera ordinariamente en un punto, sin que todo lo que es del resorte de nuestros sentimientos delicados muestre señales evidentes de esta decadencia. Los votos de los claustros transformaron una reunion de hombres útiles en numerosas sociedades de ociosos trabajadores, que su género de vida hacía propios para inventar estas mil necesidades escolásticas que de allí se repartieron y acreditaron en todo el mundo. Por último, sin embargo de que por una especie de polingenesia el género humano se ha librado felizmente de una ruina casi completa, vemos florecer en nuestros dias el gusto de lo bello y de lo noble, así en las artes como en las ciencias y en las costumbres, y no hay más que desear, sino que el falso aparato que engaña tan fácilmente, no nos separe ignorándolo, de la noble simplicidad, y principalmente que los antiguos prejuicios no excedan siempre el secreto desconocido de esta educacion, que consistiría en excitar desde muy temprano el sentimiento moral en el seno de todo jóven ciudadano del mundo, á fin de que toda delicadeza de su espíritu no se limite al placer ocioso y fugitivo de juzgar con más ó ménos gusto lo que pasa al rededor de nosotros.

FIN.

INDICE

	<u>Págs.</u>
Segunda parte de la Crítica del Juicio.—Crítica del juicio teleológico.	5
LX.—De la finalidad objetiva de la naturaleza.	7
<i>Primera seccion.</i> —Analítica del juicio teleológico.	11
LXI.—De la finalidad objetiva, que es simplemente formal, á diferencia de la que es material.	id.
LXII.—De la finalidad de la naturaleza, que no es más que relativa, á diferencia de la que es interior.	19
LXIII.—Del carácter propio de las cosas en tanto que fines de la naturaleza.	24
LXIV.—Las cosas en tanto que fines de la naturaleza, son séres organizados.	28
LXV.—Del principio del juicio de la finalidad interior en los séres organizados.	35
LXVI.—Del principio del juicio teleológico sobre la naturaleza considerada en general como un sistema de fines.	37
LXVII.—Del principio de la teleología como principio interno de la ciencia de la naturaleza.	43